

BERNARD CORNWELL

---



# ESPADADA DE REYES

SAJONES, VIKINGOS Y NORMANOS, XII



NARRATIVAS HISTÓRICAS  edhasa

# ESPADA DE REYES

BERNARD CORNWELL



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sword of Kings*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

© del mapa John Gilkes, 2019

Primera edición impresa: abril de 2022

Primera edición en e-book: abril de 2022

© Bernard Cornwell, 2019

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4866-8

Producido en España

Dedico *Espada de reyes* a Suzanne Pollak



## TOPÓNIMOS

La determinación de la ortografía de los pueblos y lugares de la Inglaterra anglosajona ha estado sembrada de incertidumbres, ya que no ha sido posible evitar las incongruencias terminológicas ni la ausencia de consenso en muchos puntos, discrepancias que afectan incluso a los nombres mismos. De este modo, las fuentes pueden mencionar la ciudad de Londres de muy diversas maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Es indudable que habrá lectores que prefieran versiones distintas de los topónimos que enumero a continuación, pero, por regla general, he procurado emplear para el período histórico que coincide con el reinado de Alfredo el Grande (871-899 d. C.) –o que se acerca a esa misma horquilla temporal– las voces que aparecen citadas en el *Oxford Dictionary of English Place-Names* o el *Cambridge Dictionary of English Place-Names*. Sin embargo, ni siquiera esta solución puede tenerse por infalible. En el 956, la isla de Hayling se deletreaba indistintamente de dos maneras: Heilincigae y Hæglingaiggæ. Ni yo mismo me he mostrado coherente. Así, he preferido, por ejemplo, la forma moderna «Northumbria» a la mucho más clásica de «Norðhymbraland», ya que de ese modo evitaba sugerir al lector que los límites de ese antiguo reino coincidían de hecho con los del condado actual. Por consiguiente, la lista de lugares que se mencionan en este libro es cuando menos caprichosa, al igual que su propia ortografía.

Andefera Andover, Wiltshire

Basengas Basing, Hampshire

Bebbanburg Bamburgh, Northumberland

Beamfleot Benfleet, Essex  
Caninga Parroquia de Canvey Island, Essex  
Ceaster Chester, Cheshire  
Celmeresburh Chelmsford, Essex  
Cent Kent  
Cestrehunt Cheshunt, Hertfordshire  
Cippanhamm Chippenham, Wiltshire  
Colneceaster Colchester, Essex  
Contwaraburg Canterbury, Kent  
Cyningestun Barrio de Kingston upon Thames, Surrey  
Crepelgate Cripplegate, Londres  
Dumnoc Dunwich, Suffolk  
East Seax Essex  
Elentone Maidenhead, Berkshire  
Eoferwic Nombre sajón de York, en el Yorkshire  
Fæfresham Faversham, Kent  
Islas de Farnea Islas Farne, Northumberland  
Fearnhamme Farnham, Surrey  
Ferentone Farndon, Cheshire  
Río Fleot Río Fleet, Londres  
Fughelness Foulness, Essex  
Gleawecestre Gloucester, Gloucestershire  
Grimesbi Grimsby, Lincolnshire  
Hamptonscir Hampshire  
Heahburh Nombre ficticio del castillo de Whitley, en Cumbria  
Heorotforda Hertford, Hertfordshire  
Río Humbre Río Humber  
Jorvik Denominación danesa de York, en el Yorkshire

Río Ligan Río Lea  
Lindcolne Lincoln, Lincolnshire  
Lindisfarena Lindisfarne, Northumbria  
Poterna de Ludd Ludgate, Londres  
Lupiae Lecce, Italia  
Lundene Londres  
Mameceaster Manchester  
Ora Oare, Kent  
Sceapig Isla de Sheppey, Kent  
Cueva de san Cutberto Cueva de Cuddy, Holburn, Northumberland  
Strath Clota Reino del suroeste de Escocia  
Suðgeweork Southwark, Londres  
Arroyo de Swalwan Canal de Swale, estuario del Támesis  
Río Temes Río Támesis  
Toteham Tottenham, conurbación del Gran Londres  
Río Tuede Río Tweed  
Riachuelo de Weala Walbrook, Londres  
Werlameceaster Saint Albans, Hertfordshire  
Westmynster Westminster, Londres  
Wicumun High Wycombe, Buckinghamshire  
Wiltunscir Wiltshire  
Wintanceaster Winchester, Hampshire

# ESPADA DE REYES

# **PRIMERA PARTE**

**Una misión imposible**

## Capítulo I

### La desaparición del Gydene

No era el primer barco que se me evaporaba. El violento mar es inmenso, y las embarcaciones, pequeñas. De hecho, *Gydene*, que simplemente significa «diosa», se contaba entre las de menor calado. La habían construido en Grimesbi, en el Humbre, y le habían puesto el nombre de *Haligwaeter*. Antes de que yo la comprara había estado faenando por la costa durante todo un año. Y, como no quería tener en mi flota ningún navío llamado *Holy Water*,<sup>1</sup> decidí pagar un chelín a una virgen para que le echara una meada en la sentina, le cambié el rótulo viejo por el de *Gydene* y se la confié a los pescadores de Bebbanburg, que acostumbraban a echar las redes lejos de la orilla. Pero un día, al ver que el *Gydene* tardaba en regresar y que el viento helado y el cielo plomizo se empeñaban en encrespar las olas y en estrellarlas contra los escollos de las islas de Farnea, cubriéndolos de blancos festones, supusimos que se habría ido a pique y añadido seis nuevas viudas y casi el triple de huérfanos a la aldeíta de Bebbanburg. Quizá me hubiera ido mejor de no haber enredado con el nombre... Hasta el último lobo de mar conoce bien que el que cambia el letrero de un bajel está tentando al destino. Pero también están hartos de saber que los pises de las doncellas conjuran esa fatalidad. Sin embargo, los dioses pueden ser tan crueles como el mismo mar.

Fue entonces cuando Egil Skallagrimmrson emergió de las tierras que yo le había concedido, esas que constituyen la barrera fronteriza que separa mis territorios del reino de Constantino de Escocia. Egil llegó por mar, como siempre, pero, en la panza del *Banamaðr*, su afilado buque con proa de serpiente, llevaba un cadáver.

–Las corrientes han arrastrado a la costa a este desdichado y ha acabado en el río Tuede –explicó–. Es parte de tus posesiones, ¿verdad?

–¿El Tuede...? –me asombré.

–No. Su orilla sur. Lo encontré en un bajío de cieno. Aunque, como ves, las gaviotas lo divisaron antes.

–Sigo sin comprender lo que quieres decir...

–Era uno de los tuyos, ¿no es cierto?

–Sí –contesté. El muerto se llamaba Haggar Bentson. Pescador y timonel del *Gydene*. Un hombre corpulento, demasiado aficionado a la cerveza, cubierto de cicatrices por exceso de trifulcas. Un camorrista que pegaba a su esposa. Pero también un buen marino.

–No se ha ahogado, ¿no? –observó Egil.

–No.

–Y las gaviotas tampoco han sido las que han acabado con su vida – continuó Egil en tono divertido.

–Desde luego que no... Esto no ha sido cosa de simples picotazos. – Estaba claro que a Haggar lo habían hecho trizas con un hacha. El cadáver estaba desnudo, y la piel tenía la blancura de los peces asfixiados, salvo en las manos y en lo que le quedaba de rostro. Terribles y profundos cortes le habían abierto la panza, el pecho y los muslos. Y el mar había lavado y dejado limpiamente al descubierto los brutales golpes.

Egil palpó bruscamente con la bota los bordes de la herida abierta que desgarraba el torso de Haggar, del hombro al esternón.

–Yo diría que lo que lo ha matado ha sido este tajo –aventuró–, aunque alguien tuvo la ocurrencia de cortarle primero las pelotas.

–Sí, ya me había fijado –respondió su interlocutor.

Egil se encorvó sobre el cuerpo y forzó la mandíbula, que por su rigidez se obstinaba en permanecer cerrada; pese a que Egil Skallagrimmrson era un hombre muy fuerte, tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar el interior de la boca al descubierto. El hueso crujió de pronto, y Egil se incorporó de un salto.

–También le han arrancado los dientes –constató.

–Y los ojos...

–Eso sí que podría haber sido cosa de las gaviotas. A las muy cabronas les encantan esas golosinas.

–Sin embargo, le han dejado la lengua –añadí–. Pobre desgraciado.

–Es una forma horrible de morir –coincidió Egil, al tiempo que se daba la vuelta para tender la vista hacia la bocana del puerto–. Sólo se me ocurren dos razones para torturar a un hombre de este modo antes de mandarlo al otro mundo.

–¿Dos?

–Quizá quisieran divertirse..., o a lo mejor es que los insultó. –Egil se encogió de hombros–. La otra sería para hacerlo hablar. Si no, ¿qué motivo podría haber animado a sus asesinos a dejarle la lengua intacta?

–Sus asesinos... –repetí–. ¿Te refieres a los escoceses?

Egil volvió a fijarse en el cadáver mutilado.

–Desde luego, debió de haber tocado las narices a alguien, pero los hombres de las tierras altas han estado muy tranquilos últimamente. Y no me parece que sea su estilo –reflexionó, mientras alzaba nuevamente los hombros, mostrando que no sabía bien a quién atribuir el crimen–. Tal vez alguien haya querido saldar una cuenta pendiente. ¿Otro pescador, uno muy cabreado?

–¿No hay más cadáveres? –quise saber. La tripulación del *Gydene* constaba de seis hombres y dos muchachos–. ¿Algún signo de naufragio?

–De momento, ninguno. Sólo este pobre diablo. Pero los demás podrían seguir por ahí, flotando entre las olas.

Poco más podía agregarse o hacerse. Si los escoceses no se habían apoderado del *Gydene*, tenía que suponer que se trataba de algún asaltante nórdico. O incluso de un barco frisio que podía haber aprovechado el clima templado de principios del verano para enriquecerse con las bodegas del *Gydene*, sin duda repletas de arenques, bacalaos y abadejos. Fuera quien fuese, o lo que fuese, no había duda de que el *Gydene* se había esfumado, aunque yo sospechaba que los tripulantes que hubieran conseguido sobrevivir estarían ahora remando como desesperados en las bancadas de sus captores. De hecho, mis presentimientos se convirtieron en una certeza prácticamente

incuestionable dos días después, cuando Egil me mostró el cuerpo del delito, el mismísimo *Gydene*, que había sido arrastrado por las olas a las playas del norte de Lindisfarena. La embarcación no era ya más que un casco vacío, despojado del mástil, y, al embarrancar en la arena a merced de las corrientes, apenas alcanzaba a mantenerse a flote. No apareció ningún otro cadáver, sólo el pecio, pero preferimos dejarlo donde estaba, convencidos de que las tormentas del otoño se encargarían de desguazarlo.

Una semana después de que el *Gydene* apareciera, desmañado y roto, en las orillas de Northumbria, se desvaneció otro pesquero, y esta vez era un día de calma chicha de esos en que los dioses usan la bonanza para irritar a los hombres. El navío había recibido el nombre de *Swealwe*, y a su capitán le gustaba, como a Haggar, echar las artes bien lejos, en alta mar. La primera noticia que tuve de la desaparición del *Swealwe*<sup>2</sup> coincidió con la llegada de tres viudas a Bebbanburg. Las tres mujeres venían acompañadas del sacerdote de la aldea, que tenía más huecos que dientes en la boca y al que todos llamaban padre Gadd.

–Había... –comenzó a decir con un meneo de cabeza.

–¿Que había qué? –le pregunté, aguantándome las ganas de imitar el sibilante y rasposo sonido que hacía el cura al articular las palabras con su desaparejada dentadura.

El padre Gadd estaba muy nervioso, y no era para menos. Yo ya había oído que, en los sermones que soltaba a sus feligreses, solía lamentar que su señor fuese un pagano. Sin embargo, el valor que parecía mostrar en esas arengas se había esfumado de pronto al verse cara a cara con el pagano en cuestión.

–Bolgar Harulldson, señor –trató de proseguir el hombrecillo–. Él es el...

–Sé muy bien quién es Bolgar –lo interrumpí. Era otro de mis pescadores.

–Vio dos embarcaciones en el horizonte, mi señor. El mismo día que desapareció el *Swealwe*.

–Hay un montón de barcos ahí fuera –contesté–. Se dedican al comercio. Lo raro sería que no hubiera visto barco alguno.

–Bolgar asegura que llevaban rumbo norte, señor, y que de repente viraron de babor y enfilaron al sur.

Aquel pardillo calenturiento no hilaba dos frases seguidas, pero al final conseguí comprender lo que intentaba decirme. El *Swealwe* había salido a alta mar a golpe de remo, y Bolgar, que era un hombre experimentado, anotó mentalmente el punto por el que el horizonte se había tragado al navío. Después, al divisar el tope de mástil de aquellos dos barcos, comprendió que acababan de doblar la barra para seguir al *Swealwe*, que más tarde los perseguidores habían permanecido quietos, y que, finalmente, habían dado media vuelta. El *Swealwe* había permanecido todo el tiempo tras la línea del horizonte, y el único signo visible de su encuentro con sus misteriosos perseguidores habían sido las dos puntas de aquellos mástiles que, camino del norte, habían decidido detener la marcha para luego orientar la proa al sur. Desde luego, no parecían movimientos propios de ningún barco mercante.

–Deberías haber dicho a Bolgar que se presentara ante mí –señalé al religioso, antes de entregar unas cuantas piezas de plata a las tres viudas y dos peniques al curita por haber hecho labor de mensajero.

\* \* \*

–¿Alguna novedad? –quiso saber Finan esa tarde.

Estábamos sentados en un banco, justo fuera del vestíbulo del caserón de Bebbanburg. Mirábamos tranquilamente por encima de los murallones de levante el rielar de la luna en la anchurosa espalda del mar. Del interior de la sala nos llegaban el canto y las risas de los hombres. Eran todos guerreros de mis mesnadas. Bueno, casi todos, porque los veinte que vigilaban la ensenada desde nuestros altos parapetos no formaban parte de mis huestes. El vientecillo del este traía el olor del salitre. La noche estaba en calma, como las tierras de Bebbanburg, que se habían mantenido en paz desde que cruzamos las colinas y derrotamos a Sköll el año anterior, refugiado en su aupada fortaleza. Pensábamos que los pueblos nórdicos se habían dado por vencidos tras aquella espeluznante lucha y que las regiones occidentales

de Northumbria habían agachado al fin la cabeza. Sin embargo, los viajeros que salvaban los pasos de montaña nos aportaban noticias nuevas: aseguraban que los belicosos hombres del norte seguían presentándose en las costas, que los dragones que engalanaban las proas de sus barcos seguían fondeando en las playas de poniente de nuestro territorio y que sus aguerridos combatientes encontraban tierras propicias. Pese a todo, también nos explicaban que ningún nórdico se había proclamado rey como en su momento se había atrevido a hacer Sköll, y que ninguno había rebasado los montes y sembrado el caos en los pastos de Bebbanburg. Por todo ello podía decirse que disfrutábamos de una suerte de período de paz.

Constantino de Alba, esa región a la que algunos llaman Escocia, sí estaba en guerra, con los señores nórdicos de Strath Clota, encabezados por un rey que responde al nombre de Owain. Este Owain nunca se había metido con nosotros, pero Constantino quería acordar la paz con nosotros para no tener que preocuparse por ese flanco en tanto no venciera a los lobos nórdicos de Owain. Mi padre decía que aquel pacto era «una paz a la escocesa», queriendo señalar con ello que se producían constantemente incursiones brutales en las que los pueblos de las tierras altas arramplaban con nuestro ganado. Pero siempre habían estallado escaramuzas para robar reses, no era cosa nueva, y nosotros devolvíamos el golpe invariablemente a esos ataques irrumpiendo en los valles escoceses para traer de vuelta a casa a nuestras vacas y terneros. Les birlábamos tantos animales como ellos a nosotros, y desde luego habría sido mucho más sencillo detener aquellas algaradas, pero ya se sabe que en tiempo de paz es preciso enseñar a los jóvenes las costumbres de la guerra.

–La novedad –dije a Finan, al tiempo que señalaba el agua con un gesto de cabeza– es que hay saqueadores por ahí sueltos. Y que se han hecho con dos de nuestros barcos.

–Siempre ha habido piratas.

–Sí, pero éstos no me gustan nada... –respondí.

Finan, mi mejor amigo, un irlandés que combatía con la vehemencia propia de su raza y la destreza de un dios, se echó a reír.

–¿Has notado algún olorcillo a podrido en la nariz?

Asentí, balanceando despacio la cabeza. Hay veces que las cosas se saben sin que uno alcance a comprender de dónde le viene la oscura certeza que le asalta y que parece surgida de la nada. Es como si brotara de una sensación, de un aroma que no consigue olerse, de un temor sin causa... Para protegernos, los dioses nos envían ese súbito pellizco de los nervios, la convicción ciega de que un inocente y bucólico paisaje esconde asesinos en alguna de sus hondonadas.

–¿Qué pudo haberlos inducido a torturar a Haggar? –pregunté.

–El simple hecho de que fuera un sucio cabronazo... Está claro.

–Eso es cierto –coincidí–, pero me da la impresión de que la cosa es bastante peor.

–¿Y qué piensas hacer?

–Salir de caza, obviamente.

Finan soltó otra carcajada.

–¿No me digas que te aburres? –soltó para picarme, pero yo no le seguí el juego. Y, ¡cómo no!, eso le volvió a provocar la risa–. Te asalta el tedio, confíésalo –me acusó–, y sólo estás buscando un pretexto para jugar un rato con el *Spearhafoc*.

La verdad es que llevaba razón. Quería hacerme a la mar con el *Spearhafoc*. Y eso significaba prepararlo todo para una cacería...

\* \* \*

El *Spearhafoc*<sup>3</sup> se llamaba así por los gavilanes que anidaban en los escasos bosques de Bebbanburg y, como las aves de presa, también la nave tenía gustos y hechuras de depredador. Era un buque de eslora larga y francobordo bajo en su porción media. Su proa, que desafiaba al mar y a los enemigos, llevaba tallada la cabeza de la rapaz que le daba nombre. En sus bancos gruñían cuarenta remeros. La habían construido dos hermanos frisios que habían huido de su país para abrir un astillero a orillas del río Humbre. Y allí había nacido el *Spearhafoc*, de la buena madera de los robles y fresnos de Mercia. Para el casco, los carpinteros de ribera frisonos habían claveteado once largas planchas a cada lado de

las cuadernas. Después lo habían arbolado con un flexible mástil de pino de Northumbria, que, sujeto mediante jarcias y cordajes y provisto de una buena verga, sostenía orgullosamente la vela cuadrada del navío. Y tanto más altivo era su trapo cuanto que en él campeaba el símbolo de mi casa, la marca de Bebbanburg: una cabeza de lobo con los colmillos desnudos. Lobo y gavián, animales ambos cazadores y salvajes. Hasta el mismísimo Egil Skallagrimmrson, que, al igual que muchos escandinavos, despreciaba los buques sajones –y a los marineros que los gobiernan–, había accedido a aprobar, aunque a regañadientes, las líneas marineras de mi *Spearhafoc*. «Aunque, desde luego, tampoco puede decirse que sea un auténtico navío sajón, ¿verdad?», había tenido que decirme a última hora el muy villano.

–Yo lo encuentro más bien frisio, ¿no crees?

Sajón o no, lo cierto es que un brumoso amanecer de estío, el *Spearhafoc* surcó suavemente las aguas del estrecho canal del puerto de Bebbanburg. Había pasado una semana desde que me llegaron las desconcertantes noticias del *Swealwe*, y en esos siete días ninguno de mis pescadores había querido aventurarse lejos de la costa. El miedo había prendido en todo el litoral, ya fuera al norte o al sur, y se había hecho fuerte en todos los ancladeros de Bebbanburg. Por eso, la primera misión del *Spearhafoc* era demostrar que no íbamos a renunciar a la venganza. La marea estaba subiendo, pero no soplaban ningún viento, así que mis remeros se aplicaron con fuerza y destreza a la tarea, impulsando la nave contra la corriente y dejando tras de sí una creciente estela de espuma. Los únicos ruidos que se escuchaban eran los que producía el crujido de los remos al hacer palanca en los orificios del casco, el chapoteo del agua a lo largo del entablado, el rumor de las olas que venían a morir sin fuerza en la playa y los melancólicos chillidos de las gaviotas que sobrevolaban en grandes círculos la vasta fortaleza de Bebbanburg.

Cuarenta hombres aplicaban sus poderosos músculos a los largos remos, y otros veinte permanecían agazapados entre las bancadas o en la plataforma de proa. Todos vestían sus cotas de malla e iban bien armados, salvo los que empuñaban los remos, cuyas lanzas, hachas y

espadas habían sido apiladas en la parte media de la nave, junto a los escudos, igualmente amontonados. En pie sobre el reducido puente del timonel, Finan y yo seguíamos el curso de las operaciones.

–Quizá más tarde se levante el viento –comentó Finan en tono esperanzado.

–O tal vez no –gruñí–. ¿Quién puede saberlo?

Finan nunca se había sentido a gusto en el mar, y tampoco nunca había entendido la pasión que despertaba la navegación en mí. Si ese día decidió acompañarme fue sólo porque existía la clara perspectiva de un buen combate.

–Aunque lo más probable es que el asesino de Haggar, sea quien sea, se haya esfumado hace tiempo –lo oí mascullar entre dientes cuando dejamos atrás la bocana del fondeadero.

–Es muy posible –coincidí.

–Entonces todo lo que vamos a hacer es perder miserablemente el tiempo –contestó Finan.

–Eso también es más que probable –volví a asentir. Con grandes cabeceos, el *Spearhafoc* alzaba la proa para encarar las hinchidas y dilatadas ondas que nos enviaba el mar de fondo, obligando a Finan a agarrarse al codaste para mantener el equilibrio.

–Siéntate –le aconsejé vivamente–, y bebamos unas cervezas.

Seguimos remando directamente hacia el anaranjado disco del sol naciente. Poco a poco, al entibiarse el día, comenzó a soplar una brisilla de poniente y, aunque no era lo que se dice un huracán, bastó al menos para permitir a la tripulación izar la verga a lo más alto del palo, soltar el trapo y sacar de su cubil la hermosa cabeza de nuestro lobo hambriento. El *Spearhafoc* comenzó a sobrevolar la lenta respiración del mar, y los remeros, agradecidos, pudieron reposar al fin. La tierra se perdió a lo lejos, difuminada por la calima. Al ponernos a la par de las islas de Farnea, divisamos dos pequeños botes de pesca, pero una vez que salimos a mar abierto no vimos ya ni mástiles ni cascos. Parecíamos estar totalmente solos en la inmensidad del desierto acuático. Durante gran parte de la singladura pude dejar el timón de espadilla en el agua, ya que el buque nos conducía sin desvíos ni sobresaltos hacia el este,

con el viento justo para mantener la pesada vela tensa y el lobo derecho. Cuando el sol alcanzó el cénit, la mayor parte de los hombres se echaron a dormir.

Había llegado el momento de las ensoñaciones. Así debía de haberse formado, a mi juicio, el Ginnungagap, el enorme vacío que media entre el horno de los cielos y las gélidas regiones que se ocultan bajo él. El abismo donde se fraguó el mundo. Navegábamos en una inmensidad azul-grisácea que mecía mis pensamientos con un lento bamboleo similar al que acunaba al *Spearhafoc*. Finan estaba profundamente dormido. De cuando en cuando, la vela cedía, flácida, al caer el viento, pero luego, al capturar de nuevo la brisa viajera, se hinchaba de nuevo con un breve y sordo chasquido. La única prueba palpable de que nos estábamos moviendo era el tranquilo chapaleo del surco que abría la nave a popa.

Cuando el sopor me sumía en esa etérea nada de la creación, la mente me presentaba imágenes de reyes y me anunciaba destellos de muerte. El viejo rey Eduardo, aunque moribundo, seguía vivo. Había tenido la ocurrencia de darse a sí mismo el título de *Anglorum Saxonum Rex*, es decir, «rey de anglos y sajones». Era monarca de Wessex y Mercia, y también de Anglia Oriental, y el latido de su corazón aún continuaba midiendo las horas. Había padecido una dolorosa enfermedad, pero se había recobrado. Sin embargo, tras la última recaída había corrido el rumor de que se hallaba a las puertas de la muerte. Y, sin embargo, Eduardo alentaba todavía. Yo había jurado sacrificar a dos hombres cuando realmente se nos fuera. Lo había prometido, y no tenía ni idea de cómo alcanzar a cumplir la palabra empeñada...

Y es que, para materializarla, tendría que haber dejado Northumbria para internarme en lo más profundo de las tierras de Wessex. Y claro, en esas regiones se me conocía con los nombres de Uhtred el Pagano, Uhtred el Impío, Uhtred el Traicionero...; hasta me llamaban Uhtred *Ealdordeofol*, es decir, «el caudillo de los diablos». Aunque lo más habitual es que se contentaran con manchar mi nombre diciéndome *Uhtredærwe*, que simplemente significa «Uhtred el Malvado». En Wessex, donde apenas tenía amigos, me aguardaban en cambio

enemigos muy poderosos. Esto me obligaba a elegir entre tres alternativas. Podía lanzarme a invadir ese territorio del sur al frente de un pequeño ejército, que resultaría vencido sin remedio. Podía presentarme con un simple puñado de hombres y correr el riesgo de que me descubrieran. O podía quebrantar mi juramento. Las dos primeras opciones me conducirían a la muerte, pero la tercera me arrojaría al lodo de la ignominia y la vergüenza reservada para el hombre que falta a su palabra, y todo el mundo me cubriría de deshonor por violar un compromiso sagrado.

Eadith, mi esposa, no abrigaba duda alguna respecto a la determinación que debía seguir.

–Rompe tu promesa –me había recomendado secamente.

Habíamos estado retozando en nuestra alcoba, al fondo del vasto vestíbulo de Bebbanburg, y yo me había puesto a contemplar el juego de luces y sombras con el que la tarde moribunda adornaba las vigas, ennegrecidas por el humo y por la proximidad de la noche. Permanecí callado al escuchar su exhortación.

–Deja que se maten unos a otros –añadió perentoriamente–. Es una pelea de los meridionales, no una querrela nuestra. Aquí estamos a salvo.

Y tenía razón. No corríamos peligro en Bebbanburg, pero eso no evitó que su exigencia me irritara. Los dioses marcan con su sello nuestros compromisos, y desentenderse de lo que se ha jurado es arriesgarse a incurrir en su irremediable cólera.

–¿Estás dispuesto a morir por esos estúpidos ritos de los juramentados?

«¡Pues claro que quiero vivir!», pensé. Pero no con la mancha de la infamia que señala a fuego al perjurio.

El *Spearhafoc* me sacó de todas estas cavilaciones y dilemas al acelerar bruscamente la marcha, espoleado por un vientecillo fresco de poniente que me hizo sujetar de nuevo la espadilla y sentir la vibración que el denso empuje del mar imprimía al largo puntal de fresno que peinaba las ondas. Al menos mis opciones eran ahora muy sencillas. Unos desconocidos habían degollado a mis hombres, y nosotros

navegábamos en busca del desquite, surcando unas aguas ligeramente picadas por el viento de la tarde en el que el sol destellaba con una miríada de guiños traviosos.

–¿Ya hemos llegado? –quiso saber Finan, medio adormilado aún.

–Creía que estabas traspuesto.

–Sólo ha sido una cabezadita –gruñó, al tiempo que se incorporaba ágilmente para echar un vistazo a su alrededor–. Por allí se ve un barco.

–¿En serio? ¿Dónde?

–Allí –respondió Finan señalando al norte. Nunca he conocido a un hombre de vista más aguda que Finan. Puede que estuviera cumpliendo años, igual que yo, pero sus ojos seguían siendo tan penetrantes como siempre–. No es más que un mástil... –empezó a decir–, sin vela.

Miré fijamente la neblina, haciendo esfuerzos por perforarla, pero no vi nada. De pronto me pareció que algo titilaba sobre el pálido azul del cielo, una especie de línea brillante, tan tenue y temblorosa como las ascuas de una fogata. ¿Un mástil? Lo perdí de vista, entrecerré los párpados, volví a encontrarlo y doblé la barra al norte. La vela protestó hasta que izamos el trapo de estribor, y el *Spearhafoc* volvió a orzar al viento, consiguiendo que el agua bullera con más ímpetu por sus costados. Mis hombres se desperezaron, alebrestados por el repentino paso avivado de la nave. Todos se pusieron a escudriñar el horizonte en busca del distante buque hacia el que nos dirigíamos.

–No lleva ninguna vela –repitió Finan.

–Navega contra el viento –dije–, así que deben de estar remando. Se trata probablemente de un mercante. –Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando la diminuta raya que arañaba el horizonte envuelto en bruma desapareció, sustituida por la vela que acababan de largar nuestros enigmáticos compañeros de viaje. Observé largo tiempo la embarcación. La borrosa mancha de la gran vela cuadrada se distinguía mucho más fácilmente que el palo desnudo–. Está haciendo ciaboga. Viene a nuestro encuentro –advertí.

–Es el *Banamaðr* –aseguró Finan.

Me eché a reír.

–¡Vamos, déjate de adivinanzas!

–No es ninguna conjetura –me contestó Finan muy serio–. Lleva un águila en la vela. Es Egil.

–Pero ¿qué dices? ¡Es imposible que alcances a ver eso!

–¿Tú no lo ves?

Los dos barcos surcaban las olas en direcciones encontradas, así que poco después pude apreciar claramente la característica traca de cinta encalada de la parte superior, que destacaba de lejos sobre las oscuras planchas de sentina que corrían a lo largo del tingladillo del casco. También se veían los enormes y negros perfiles del águila de alas desplegadas que presidían la vela, y la esbelta silueta de la cabeza tallada de esa misma ave de presa, erguida sobre la alta proa. Finan había dado en el clavo: era el *Banamaðr*, «asesino». No había duda alguna: se trataba de la nave de Egil.

Al aproximarse, arrié el trapo y dejé que el *Spearhafoc* se bamboleara al ritmo de las briosas olas. Era una señal para que Egil viera que podía acostarnos y, efectivamente, enseguida su embarcación describió una amplia curva para arrimarse a la nuestra. El *Banamaðr* era más pequeño que el *Spearhafoc*, pero igual de airoso y espigado. De construcción frisía, y muy adecuado para una rápida incursión de saqueo, era el orgullo y la alegría de Egil, porque, como la mayoría de los hombres del norte, sólo en el mar hallaba una felicidad plena. Observé la blanca espuma que se formaba en el tajamar del *Banamaðr*; también cómo el timonel forzaba el giro y se posaba el águila al caer del mástil el vasto paño rectangular, que la tripulación de Egil se apresuró a colocar cuidadosamente sobre el puente para después rodar la larga verga y enrollar el trapo a proa y a popa. Acto seguido, con una suavidad que habría hecho las delicias de cualquier marino, la nave rotó sobre su eje hasta frotar la borda contra nuestro flanco de estribor. Uno de los hombres apostados en la proa del *Banamaðr* nos lanzó un cabo; por la popa nos llegó una segunda estacha, y Egil comenzó a arengar a gritos a sus valientes, animándolos a cubrir con lonas o mantos la clara traca de regala a fin de que el maderamen de los dos barcos no recibiera golpes que lo deterioraran. Me dedicó su más amplia sonrisa.

–¿Vais tras lo que yo creo que vais?

–Creo que sólo perderemos el tiempo –respondí a pleno pulmón.

–Tal vez no.

–¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

–Voy tras los desgraciados que te birlaron las dos embarcaciones, evidentemente. ¿Puedo subir a bordo?

–¡Sin duda!

Egil aguardó un momento para juzgar la cadencia de la marejada, y después se plantó de un salto en cubierta. ¡Ay, Egil, Egil...! Curtido pagano boreal, poeta, marino y guerrero. Tenía ante mí a un hombre cuya elevada estatura, igual a la mía, se veía acentuada por una larga y desmelenada cabellera rubia. En el rostro, perfectamente rasurado, destacaba la barbilla, puntiaguda como el dragón de proa de un drakar. Su mirada profunda escoltaba una nariz más afilada que la hoja de un hacha y chispeaba cada vez que cedía al hábito de enarbolar su franca sonrisa. Los hombres lo seguían sin rechistar, y las mujeres se aferraban a él con más ansia aún. Sólo hacía un año que nos conocíamos, pero me había bastado para cogerle aprecio y juzgarlo digno de confianza. Era muy joven, tanto que alguno podría haberlo tomado por hijo mío, y viajaba en compañía de setenta guerreros escandinavos que me habían jurado lealtad a cambio de las tierras que les había otorgado en la orilla meridional del Tuede.

–Deberíamos enfilarse hacia el sur –señaló Egil con brusco vigor.

–¿Al sur? –me extrañé.

Egil saludó con un movimiento de cabeza a Finan.

–Buenos días, mi señor. –Egil siempre daba a mi amigo el título de «señor», una costumbre que divertía a ambos. Volvió a mirarme directamente a los ojos–. No estás perdiendo el tiempo. Hemos coincidido con un mercante escocés que navegaba con rumbo norte, y su capitán nos ha dicho que hay cuatro buques por allí abajo –explicó, señalando con un ademán la latitud austral–. Muy lejos, en alta mar –añadió–, perderemos de vista la costa. Son cuatro navíos sajones, y todo lo que hacen es aguardar pacientemente. Uno de ellos detuvo a nuestro escocés, le exigieron un impuesto de tres chelines y, al comprobar que

no tenía con qué satisfacer la suma, se quedaron con todo cuanto llevaba en la bodega.

–¿Querían cobrarle un derecho de paso?

–Sí. Y en tu nombre.

–En mi nombre... –repetí suavemente, conteniendo la ira.

–Iba de camino a tus tierras para decírtelo. –Egil se giró para señalar con la mirada el interior del *Banamaðr*, en el que unos cuarenta combatientes esperaban el resultado de nuestro parlamento–. No tengo hombres suficientes para apoderarme de cuatro embarcaciones, pero juntos podríamos ponerlos en más de un aprieto, ¿no crees?

–¿Cuántos combatientes suman las naves de esos salteadores? –Con una especie de esfuerzo entumecido, Finan se había puesto en pie. En sus ojos brillaba el ascua de la impaciencia.

–En el que detuvo al mercante escocés había unos cuarenta. Nuestro informante nos dijo también que dos de los otros barcos tenían aproximadamente las mismas dimensiones, y que el último era algo más pequeño.

–Podríamos ponerlos en más de un aprieto, en efecto –afirmé, remedando la oportuna frase de Egil y sin poder reprimir mis ansias de venganza.

Finan, atento, había estado observando a los tripulantes del *Banamaðr*. Tres hombres se esforzaban en desmontar la cabeza del águila que campeaba en la proa. Tras conseguirlo, dejaron la pesada talla de madera en el diminuto castillo de proa y echaron una mano a sus compañeros, enfrascados en soltar las escotas de la vela.

–¿Qué están haciendo? –quiso saber.

Egil se volvió para mirar lo que estaba pasando en el *Banamaðr*.

–Si esa escoria ve una embarcación con un águila pintada en el velamen –comenzó a explicar–, sabrá que se trata de un buque de combate. Y si les dejamos ver el águila, conocerán que yo soy su dueño. Por eso he dado orden de darle la vuelta al paño –rubricó la perorata con una pícaro sonrisa–. Nuestro barco es pequeño. Conseguiremos que nos tomen por una presa fácil.

Comprendí claramente lo que pretendía.

–Entonces, ¿quieres que te siga?

–Y a golpe de remo –propuso–. Si largas la vela llegarás antes y serás al primero que vean. Si usamos el *Banamadr* como cebo, los atraeremos como moscas a la miel... Y cuando los tengamos en nuestras manos podrás ayudarme a darles el golpe de gracia.

–¿Ayudarte? –repetí.

Mi tono burlón le arrancó una carcajada.

–Pero ¿de quién estáis hablando? –trató de enterarse Finan.

Ésa era de hecho la pregunta que me iba royendo mientras remábamos hacia el sur. ¿Quiénes eran aquellos tipos? Egil había regresado a su navío, que cabeceaba briosamente a proa del *Spearhafoc*, henchido y tenso el emborronado frontal parduzco de la vela. A pesar de lo que me había dicho, también nosotros habíamos izado el trapo, pero cuidando de mantenernos al menos a media milla del *Banamadr*. No quería que el esfuerzo de la remada fatigara a mis hombres si después tenían que batirse, así que acordamos que Egil viraría de babor si su nave avistaba a los cuatro bandidos. Daría media vuelta y fingiría huir hacia la costa, metiendo de ese modo al enemigo –o eso esperábamos– en una emboscada. Cuando lo viera iniciar la ciaboga, yo arriaría la vela para que nuestros adversarios no alcanzaran a divisar la gran cabeza de lobo que flameaba en el mástil. Así nos confundirían con otro barco mercante y pensarían tenernos a su merced. Por eso habíamos desmontado también la testa del gavián que coronaba la proa. La función de aquellos inmensos símbolos labrados consistía en aplacar la ira de los dioses, amedrentar a los rivales y ahuyentar a los malos espíritus, pero la costumbre permitía quitarlas cuando se navegaba en aguas tranquilas. Por esa razón no las clavábamos ni ensamblábamos con espigas de madera, sino que las llevábamos encajadas; así resultaba fácil cambiarlas de sitio.

–Cuatro barcos –dijo Finan con un deje de frialdad en la voz–. Sajones.

–Y son listos –añadí.

–¿Listos? ¿Te parece inteligente zaherir a un hombre como tú con un palo aguzado?

–No... Pero fíjate en que se abalanzan sobre los buques de Bebbanburg, pero se limitan a acosar a los de otros territorios. ¿Cuánto crees que tardará en llegar al rey Constantino la noticia de que Uhtred de Bebbanburg ha empezado a confiscar cargamentos a los escoceses?

–Lo más probable es que ya esté al tanto.

–¿Y cuánto tiempo te parece a ti que van a necesitar los escoceses para llegar a la conclusión de que nos merecemos un castigo? –pregunté–. Puede que Constantino se halle en guerra con Owain de Strath Clota, pero todavía tiene intereses que lo unen a nosotros, porque puede seguir enviando naves a nuestras costas. –Eché un vistazo a las evoluciones del *Banamaðr*, que, rolando suavemente, mecido por el viento de poniente, dejaba tras de sí una hermosa estela blanca. La verdad es que, para ser una embarcación tan pequeña, navegaba con vibrante agilidad–. Está claro que alguien –proseguí– quiere enredarnos en una guerra con los escoceses.

–Y no sólo con los hombres de las Tierras Altas –me advirtió Finan.

–Tienes razón. No sólo se proponen enemistarnos con esos perillanes –coincidí.

Por delante de nuestras playas pasaban navíos procedentes de Escocia, Anglia Oriental, Frisia y todas las tierras vikingas. A veces hasta avistábamos barcos de Wessex. Jamás había cobrado impuesto alguno a sus cargueros. Estaba convencido de que no era asunto mío que un escocés hiciera cabotaje frente al litoral de Northumbria con las bodegas repletas de pieles o cacharros de barro. Es verdad que, si alguna de esas embarcaciones fondeaba en cualquiera de mis ancladeros, sí que cobraba una tasa, pero era una práctica corriente. Todo el mundo lo hacía. ¡Y ahora resultaba que una flotilla de tres al cuarto se atrevía a internarse en mis aguas para exigir un arancel en mi nombre! Pero yo tenía mis sospechas. Creía tener una ligera idea del lugar del que procedían aquellos sinvergüenzas y, si estaba en lo cierto, las cuatro embarcaciones habían venido de latitudes meridionales, de las tierras de Eduardo, el del rutilante título de *Anglorum Saxonum Rex*.

El *Spearhafoc* hincaba la proa en las verdes ondas del mar, hendiéndolas con un estrepitoso batir de espuma y dejando después que

los blancos cordones de salitre rompieran sobre el puente. El *Banamaðr* también cabeceaba bruscamente, impulsado por el viento del oeste, que se avivaba por momentos. Los dos barcos navegaban rumbo sur, a la caza de los buques que habían liquidado a mis vasallos. Si mis deducciones se confirmaban, iba a encontrarme con una afrenta de sangre entre las manos. Y tal vez con una pendencia familiar.

Por aquí llamamos querellas de sangre a las guerras entre familias, porque a veces los parientes se juran un odio mortal y se empeñan en borrarse mutuamente de la faz del mundo. Mi primera experiencia en ellas me había llevado a luchar contra Kjartan el Cruel, que había pasado a espada a toda la casa de Ragnar el Danés, quien tiempo atrás me había acogido como hijo adoptivo. Yo me alegré mucho de aquel choque, y le puse fin acabando tanto con Kjartan como con su hijo. Sin embargo, este nuevo enfrentamiento entre linajes me oponía a un rival muchísimo más poderoso, ya que residía en las lejanas tierras del sur, en el Wessex de Eduardo, donde no le iba a ser difícil reclutar un ejército de guerreros entre los miembros de su propia estirpe. Si yo quería arrancarles el corazón, por fuerza iba a tener que viajar hasta sus pagos e internarme donde me aguardarían sus mesnadas, ávidas de mi cadáver.

–¡Está virando! –aulló de pronto Finan, poniendo fin a mis disquisiciones.

En efecto, el *Banamaðr* había torcido el rumbo. Vi arriar la vela y relumbrar las palas de los remos, que prestamente asomados por las falcas de la regala destellaban a la brusca luz de la mañana, ya muy avanzada. Los largos maderos ahusados herían profundamente el agua, afianzándose con vigor para menear la nave. Poco a poco, trabajosamente, el *Banamaðr* viró a poniente, como si buscara refugio en algún puerto de Northumbria.

Todo parecía indicar que el demonio de las broncas dinásticas había vuelto a echarme un mal de ojo.

\* \* \*

Me caía bien Æthelhelm el Mayor, el regidor más rico de todo Wessex, señor de numerosas alquerías, hombre afable y hasta generoso; pero su simpático desparpajo no lo libró de mi enemistad ni le evitó morir en mis prisiones.

No fui yo quien le quitó el aliento. Si lo tuve en cautiverio fue por haber batallado contra mí, pero lo traté con el honor que su rango merecía. Sin embargo, acabó por contraer el mal de los sudores, esa peste que cubre de exudados al enfermo y que tantas vidas se ha cobrado ya en nuestra tierra. Y, a pesar de que le hicimos sangrías y de que pagamos buenos dineros a los sacerdotes cristianos, pidiéndoles que rogaran por su sanación, y aunque lo envolvimos en pieles y le dimos a beber cocciones de hierbas que, según las mujeres, deberían haberlo curado, falleció sin remedio entre grandes dolores. Su hijo, Æthelhelm el Joven, difundió la sucia nueva de que yo, Uhtred de Bebbanburg, había matado a su padre, y juró venganza a la vista de todos. Se prometió a sí mismo no darme descanso ni tregua mientras la sangre circulara por mis venas.

Sin embargo, yo siempre había tenido a Æthelhelm el Mayor por un amigo, al menos antes de que su hija primogénita contrajera matrimonio con Eduardo de Wessex y diera un hijo al rey. Ese vástago, nieto de Æthelhelm el Mayor, se llamó Ælfweard, y acabó convirtiéndose en el *ætheling*, es decir, en hidalgo nobilísimo, además de en segundo hijo del soberano. ¡Ælfweard convertido en príncipe heredero! Fue un niño mimado de insufrible petulancia, y los años no consiguieron más que transformarlo en un agriado y taciturno jovencito de inmenso egoísmo, saña inaudita y vanidad sin límites. Con todo, Ælfweard no era el mayor de la casa del rey, porque esa gracia le correspondía a Æthelstan, a quien también me unía una sana amistad.

¿Y por qué no se había designado *ætheling* a Æthelstan? Pues porque el joven Æthelhelm había difundido el rumor –falso, claro– de que Æthelstan era hijo ilegítimo del rey, al no haber contraído Eduardo nupcias con su madre. En vista de la situación, Æthelstan tuvo que exilarse a Mercia. Y allí fue donde lo conocí. He de decir que no tardé en admirar al muchacho. Los años pasaron, y se convirtió en un buen

combatiente y en un hombre justo. El único defecto que pude encontrarle fue el de su vehemente adhesión al dios cristiano.

Y ahora Eduardo estaba enfermo. Todo el mundo sabía que le quedaba poco tiempo de vida, y que, desaparecido el rey, estallaría una disputa armada entre los partidarios de Æthelhelm el Joven, que querían poner en el trono a Ælfweard, y quienes eran conscientes de que Æthelstan sería mucho mejor rey que él. Wessex y Mercia, asociadas en una unión extremadamente incierta, se desgarrarían en el campo de batalla. Ésa había sido la razón de que Æthelstan me pidiera un solemne juramento, en el que me comprometía a matar a Æthelhelm en cuanto falleciera Eduardo. De ese modo, el ascendiente de su casa y la influencia que ejercía en los nobles del territorio quedaría desbaratada, con lo que la aristocracia, descabezada, tendría que reunir al *witan* para confirmar la legalidad del nuevo monarca.

Por eso iba a tener que presentarme en Wessex, donde me esperaban en gran número mis enemigos.

Me odiaban por haber faltado a mi juramento.

Yo estaba seguro de que la mano de Æthelhelm estaba detrás del envío de aquellos barcos al norte. Estaba decidido a debilitarme, a distraerme y, con un poco de suerte, a matarme.

\* \* \*

Los cuatro barcos parecían chapalear muellemente bajo los veraniegos rayos del sol, pero, en cuanto nos divisaron, izaron el trapo, viraron en redondo e iniciaron la persecución.

El *Banamadr* había arriado la vela para que, al fingir la fuga hacia el oeste, los navíos que le iban a la zaga no tuviera ocasión de ver el águila negra. Y nosotros entonces echamos también abajo la vela a fin de que la magnífica cabeza del lobo de Bebbanburg no supusiera una indicación para el enemigo.

—¡Remad! —vociferó Finan a los hombres de las bancadas—. ¡Remad!

La calima estival empezaba a disiparse. Vi henchirse las lejanas velas que el viento racheado alebrestaba, y también que poco a poco